

JUVENTUD ENCANECIDA

La ausencia de ideales nobles en la juventud posterior al fracaso de las rebeliones del 68, consagró el valor de cualquier experiencia, de todas las experiencias. El egotismo de las almas infantilizadas por una permisividad sin sentido (la que otorgó el previo sentimiento de culpa generacional por una represión sin sentido) pareció digno de ser vivido como ideal. El saber del mundo, equiparado al de una ininterrumpida suma de experiencias personales, repetía así una misma y sola vivencia. No encontrar, fuera de sí, la seguridad y la dicha no albergadas, ni buscadas o germinadas, dentro de sí. No ver en la superficialidad de los otros, sino la propia superficialidad. Contactos, pues, epidérmicos; promiscuidad de géneros, signos externos de identidad; histerias colectivas; orgullo de la miseria intelectual; exotismo de secta; droga; delincuencia de colegas; pasotismo narcisista; imperio de los bajos sentidos; diversiones de velocidad, violencia y ruido. Prisa depresiva en huir del horror al aburrimiento y al silencio.

Todavía hoy son legión los muchachos y muchachas que, por miedo a la soledad y a la disciplina del carácter, por rechazo a los convencionalismos tontos de sus padres y por falta de pudor que provocan el defecto o el exceso de temperamento, se inician en todos los modos apresurados de vivir la vida de una juventud desapasionante. Que creen apasionada porque transcurre sin cesar, entre efímeras ilusiones continuamente renovadas, de una mala experiencia a otra. Sin tiempo libre para pensar en los residuos de la aventura, los deseos al instante satisfechos, sin satisfacción, no pueden transformarse en pasiones que dominen el pensamiento. No hay otra pasión más en boga que la de no tener ninguna. La apatía es la más universal (por la extensión de sus livianos objetos de desecho), la más curiosa (por desconocer el vasto campo de las propias emociones) y la más impúdica (por ignorancia de los sentimientos ajenos) de todas las pasiones.

La apatía se afana en hacer sentir a la insensibilidad por medio de inagotables ensayos con lo, sensacionalmente, extraño. Todo, incluso lo peor de lo peor, merece la pena de ser probado. De ningún error, de ningún fracaso, hay que arrepentirse. Y no porque se espere aprender algo bueno de ellos, ni porque en la desventura del alma se disfruten migajas o momentos de una felicidad que es consciente de su impalpable fugacidad y de su incapacidad de generar memoria de la dicha, sino porque todo vale para el único ideal al alcance de esta nueva puerilidad, pletórica de derechos morales y medrosa por anticipado de su frustración: vivir a tope la vida de la despersonalización. Suplir, con el mayor número de vivencias personales, el hastío y la inseguridad que la falta de imaginación produce



en la carrera de la vida y en el cultivo de los sentimientos íntimos.

Todo hay que experimentarlo, incluso lo que no es instintivo. Por literal diversión de uno mismo. Para saber de qué va la vida.

De vuelta de todo sin haber llegado a nada, sin dar jamás cobijo a la esperanza de realizar un ideal y sin interés alguno en realizarlo, estos bárbaros escépticos, pero vividores, ignoran las metas difíciles del esfuerzo y se abandonan en los caminos polvorientos de las modas al viento. Donde no se topan con ramas muertas que cortar en el árbol de la vida, ni con nutrientes que dar a los frutos secos del coleguismo. Mientras que la ciega generosidad de sus mayores, apostada por todos los recodos de lo ignoto, en la sola compañía de su culpa educativa, encuentra el tiempo perdido mirando a una juventud encanecida que se asoma al mundo adulto con las manos vacías de naturalidad, de ideas, de amor, de instrucción, de talento, de sentido de la belleza y de verdadera experiencia.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

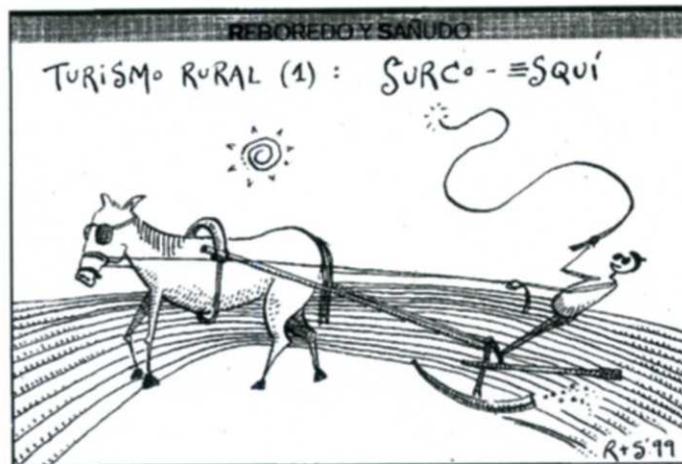
LAS REUNIONES

El próximo curso, en las facultades de Periodismo, se debería estudiar, en la asignatura que corresponda, una nueva materia en la que se profundizara en la influencia que determinados ambientes generan en las redacciones para que las informaciones sobre asuntos puntuales, que la clase política se ocupa de clasificar como «trascendentales» o «relevantes», se aborden con una especie de sordina o bajo el manto de una pretendida «responsabilidad histórica».

Lectores impenitentes de periódicos y que, a la vez, tienen muy buena información sobre lo que pasa en España, se han dirigido a Juan Bravo para comentarle este asunto. Y, en concreto, se han referido a la reciente excarcelación de la «mesa nacional» de HB por una decisión del Tribunal Constitucional.

Los interlocutores de J. B. dicen saber que la decisión del Alto Tribunal estuvo precedida de reuniones entre algunos magistrados y significativas personalidades de la vida política española. Y que algún destacado asesor de una de estas personalidades hablaba casi a diario con el TC. Quien esto dice no lo cuenta con espíritu crítico, porque entiende que unas negociaciones con una banda terrorista conllevan cesiones que hay que aceptar. Lo que subrayan estos lectores es que intentar ocultar estas cosas sólo puede acarrear, a la larga, problemas.

Juan BRAVO



FAUSTO Y LA MODERNA TÉCNICA

¡Cuánto me enardece el ruido de las palas y los picos!», exclama Fausto contemplando el ejército de trabajadores, que lleva a la práctica su proyecto de confinar el mar en puertos y canales, de



crear un mundo nuevo sobre el antiguo paisaje telúrico y marino. En una reflexión crítica sobre la técnica actual, como la que en estos artículos vengo realizando, era inevitable que antes o después apareciera la figura de Fausto. La genialidad de Goethe, en efecto, a fines del primer tercio del siglo XIX, al redactar la segunda parte de su gran obra dramática pone en pie, con clarividencia anticipatoria, los problemas que hoy día estamos viviendo. Nunca se ha expresado tan concentrada y desgarradamente la problemática del desarrollo técnico moderno. Su conversión en el máximo mito movilizador, después de que la técnica derribó los arcaicos mitos. El sueño promisorio de forjar un futuro humano de realización y libertad —en el ánimo idealista de Fausto, que no en el de Mefisto—, al mismo tiempo, en la otra vertiente, la carga de sufrimiento, de explotación y destrucción que a tal aventura ha ido acompañando y que en el texto de Goethe denuncia

el testimonio de una anciana, alucinada ante el espectáculo.

Tal visión profética ha sido aplicada, por unos, como Lukacs a la crítica del capitalismo, especialmente en su etapa inicial, por otros, como Berman, a la del estalinismo. Y

concierno a un rasgo que ambas formas históricas tienen en común, como ya he subrayado en anterior artículo, la industrialización a marchas forzadas —en un caso en nombre de la lógica del beneficio, en el otro por la urgencia de la preparación bélica y la ambición de construir un mundo nuevo, aun a costa del sacrificio del presente—. Pero yo añadiría algo más en la línea de esta reflexión: el modo en que Fausto contempla la naturaleza como un rival desafiante, al que hay que dominar. Y en tales términos se refiere muy especialmente al mar, que le irrita con su inmensa fuerza «arrogante» con su eterno movimiento sin sentido, sin objeto, estéril y esterilizante. La contemplación estética, la pasión de participar en la vida marina, navegando y sumergiéndose en las aguas es sustituida por la ambición de someter el océano y reducirlo a límites.

En anterior artículo he criticado la orientación bélica de nuestra tecnología como su rasgo máximamente negativo que una refundición del proyecto técnico orientada hacia el desarrollo humano debe radicalmente rectificar. Pero semejante orientación bélica no concierne sólo a las relaciones entre pueblos y Estados, sino que penetra la visión de la naturaleza, convertida en enemigo. «Natura non vincitur, nisi parendo», escribía Bacon en los orígenes de la modernidad. Hay que «vencer» a la naturaleza, aunque sea aplicando las astucias del esclavo. Muy diversamente nos enseñaba Engels, en la «Dialéctica de la naturaleza», que no podemos considerarnos ante la naturaleza como conquistadores de una tierra extraña, porque en realidad formamos parte de ella.

«L'humano è il dio della natura», escribió aún antes Leonardo. Es la actitud de soberanía orgullosa que expresa tan vividamente Fausto en el último episodio de su vida, en su proster metamorfosis, en términos de Berman. Mas no somos dioses, sino seres naturales, por mucho que la evolución nos haya encumbrado. Como afirma Marx en sus «Manuscritos Económicos-Filosóficos», «el ser humano es parte de la naturaleza» y ésta constituye «nuestro cuerpo inorgánico». Consecuentemente explotar la naturaleza significa, de algún modo, prostituirnos, según comentaba, en referencia con este olvidado texto, mi amigo Tomás Pollán.

No se trata de regresar a un paraíso natural que sólo existe en la mitología. Acabo de escribir que somos seres naturales, pero también y decisivamente seres técnicos. No nos cabe renunciar a tan gloriosa condición. Pero sí utilizarla buscando una relación en que nos sirvamos de la naturaleza de un modo armónico, no destructor. Es otro gran imperativo de nuestra renovación tecnológica. Y en ella nos jugamos no sólo los deberes que como custodios de la riqueza natural tenemos, sino nuestra propia supervivencia.

Carlos PARÍS